

Dramática Latinoamericana de Teatro/CELCIT N° 11

SUMARIO DE LA MUERTE DE KLEIST

Alejandro Tantanian

Estrenada en abril de 1998 en la Sala Cunill Cabanellas del Teatro General San Martín de la ciudad de Buenos Aires.

*"El roble seco resiste la tormenta,
que sin embargo
logra derribar al sano con estruendo
porque puede doblegar su soberbia."*

Heinrich von Kleist, *Pentesilea*.

1

Un personaje en tinieblas. Es un hombre y su nombre es Heinrich. La leve luz que lo baña nos devuelve la imagen de un hombre joven, alrededor de 30 años. Está cansado. Lleva en sus ropas y en sus gestos los rasgos de la desesperación. Está parado al pie de una rampa ancha y pronunciada. En el límite superior de la misma todo está sumido en la más absoluta oscuridad.

HEINRICH

¡Ya eres toda mía, inmortalidad!

Atraviesas las vendas de mis ojos,

mil veces más luminosa que el sol.

Siento un crecer de alas, se adelanta

mi alma en los quietos espacios del aire;

como una nave que seduce el viento

y olvida ya el tumulto de su puerto,

así llega mi vida a su ocaso

aún discierno las formas y colores,

y de pronto se esfuma todo en niebla.

Heinrich observa largamente la rampa. Asciende. Una vez arriba, una violenta luminosidad arrasa el espacio, hiere la vista. Heinrich observa el espacio inundado de luz. Eleva su cabeza al cielo y grita.

¡Qué bello sería meterse una bala en el corazón!

Todo es poseído por la sombra.

2

Un ámbito. Comienza allí donde termina la rampa. Mezcla de buhardilla, espacio abierto, cuarto de hostería, casa familiar, pasillo estrecho. Un espacio que encierra el adentro y el afuera. Es el Universo de Heinrich. Allí confluyen todos los espacios posibles. Heinrich está en el borde superior de la rampa, allí donde este ámbito se abre. Allí: vomitado a la espera, a la angustia.

En una cama una mujer duerme plácidamente. Es Henriette. Heinrich explora el espacio demorándose en cada objeto que encuentra en su camino. La luz devela los espacios que Heinrich explora. Pesadilla. Se detiene, ahora, frente a una canasta cubierta con papeles: fragmentos, obras inacabadas, cartas. Toma entre sus brazos la canasta y hunde en ella su cabeza. La mujer, Henriette, se despierta, sobresaltada. Ve a Heinrich sosteniendo la canasta, ve su cabeza hundida en ella. Silencio. Heinrich levanta la cabeza. Observa a Henriette. Sus miradas se detienen en los ojos. Fijos. Silencio. No abandonan los ojos del otro.

HENRIETTE

¿Pediste el café?

HEINRICH

Y el ron.

HENRIETTE

¿Están todas las cartas escritas?

HEINRICH

Y guardadas en el cofre. Y la llave del cofre en el sobre cerrado con las instrucciones.

HENRIETTE

¿Avisaste al hostelero de la llegada de nuestros invitados?

HEINRICH

Y ordené una cena para su bienvenida.

HENRIETTE

Pueden conformarse con una tortilla, igual que nosotros.

HEINRICH

Quizás no estemos aquí cuando ellos lleguen.

HENRIETTE

¿Iremos a la isla de los pavos reales?

HEINRICH

Allí nos serviremos la comida.

HENRIETTE

¿Está todo en la canasta, Heinrich?

HEINRICH

Está todo en la canasta, Henriette.

HENRIETTE

Podemos salir a caminar y luego ir a la isla.

HEINRICH

Cantar el último salmo.

HENRIETTE

Ya no tendremos morada en esta tierra.

HEINRICH

Que así sea.

HENRIETTE

Que así sea.

Henriette se levanta lentamente el vestido. No lleva nada debajo. Desde su sexo comienza a manar sangre. Violentamente. Ella permanece impávida, los ojos fijos en Heinrich. La sangre inunda las sábanas, desciende en furiosa cascada al suelo y llega a cubrir los pies de Heinrich, tras haber trazado un sendero que une ambos cuerpos. Del interior de la canasta Heinrich saca, lenta, ritualmente un revólver. Lo pesa. Deja la canasta en el piso. Henriette no deja de sangrar. Heinrich lleva la pistola a la sien. Al pecho. A la boca.

HEINRICH

Pero cómo sucedieron las cosas, eso se los contaré en otro momento.

HENRIETTE

Adiós.

Tiñe sus manos en sangre.

Y recuérdennos.

Se alisa el pelo con las manos.

Henriette lleva una mano a su pecho izquierdo. Le ofrece el seno descubierto a Heinrich. Este abandona el arma en la canasta y se acerca recorriendo el camino que la sangre trazó. Toma el pecho ofrendado entre sus manos, lo acaricia y se entrega, ávidamente, a él. Henriette deja caer su cabeza hacia atrás y Heinrich, cada vez que su boca abandona el pecho, lanza un gemido que va creciendo gradualmente hasta convertirse en un salvaje grito que abre el silencio y la sombra.

3

La luz nos devuelve la figura de Heinrich.

Está en el espacio superior: su Universo.

Frente a una mesa, frente a un escritorio.

HEINRICH

Bajo este techo, entre estas cuatro paredes, sobre esta mesa, en el papel, Vogel, precipito las palabras. Hasta el final. El protagonista de mi historia acaba de matar a su compañera. Él también, irreflexivamente, se dio muerte. Y aquí estoy yo: frente a este punto que cierra el relato que acabo de escribir.

Poder volver el tiempo atrás. Pude haberlos salvado, pude brindarles una vida feliz.

Sin embargo los maté. Ambos muertos bajo el peso de la mano que tomó la pluma y garabateó las balas.

Pausa.

Maté a mis personajes. Y ahora, una vez muertos, se arrepienten. Se arrepienten en mí. Mis criaturas brotan de la tinta ensangrentada. Están junto a mí. Piden un milagro: la resurrección. Si yo no puedo hacerlo, ¿cómo es posible que alguna vez Cristo lo hiciese? Si estos seres de tinta no despiertan, ¿cómo despertarán los seres de sangre?

Pausa.

Soy el autor de estos monstruos inconfesables.

Todos llevan en la frente los dolores y miserias de Kleist.

Pausa.

Si pudiera vivir. Como ellos. En estallido constante.

Mis personajes gobiernan el mundo.

Yo arranco pedazos de todos los cuerpos para llenar las páginas.

Yo quiero arrancar las páginas llenas de sangre. Yo quiero inundar las calles con ellas.

Yo quiero brillar entre los grandes. Yo quiero arrancar la corona del poeta. Yo quiero coronarme.

Pausa.

El aburrimiento es veneno. Agiganta mi imaginación y anula esta mano que debe dedicarse a escribir.

Es el Infierno quien me otorgó este talento a medias, el cielo concede a los hombres el talento entero o ninguno.

Pausa.

Quiero quebrar el sueño. Quiero hundirme en la noche. Que el mundo estalle y quede yo atrapado en el Universo.

Henriette asciende la rampa, lentamente. Heinrich comienza a descenderla.

HENRIETTE

Se dice aquí que esta es la casa Vogel...

HEINRICH

... y que usted es la mujer de la casa,...

HENRIETTE

... esposa de Louis Vogel...

HEINRICH

... mi querido amigo.

HENRIETTE

Se dice aquí que usted es...

HEINRICH

... Heinrich von Kleist,...

HENRIETTE

... poeta.

HEINRICH

Que vivo y escribo a la sombra del gran Goethe.

HENRIETTE

Se dice aquí que usted se asombra...

HEINRICH

... ante su belleza y su voz;...

HENRIETTE

... que tuvo usted una prometida:...

HEINRICH

... Marie von Kleist, mi prima;...

HENRIETTE

... que fue usted un huérfano precoz...

HEINRICH

... abandonado al dominio de oscuras hermanastras.

HENRIETTE

Se dice aquí...

HEINRICH

... que usted recita mis versos en soledad.

HENRIETTE

Se dice aquí...

HEINRICH

... que Henriette Vogel...

HENRIETTE

... y Heinrich von Kleist...

HEINRICH

... se conocerán hasta el límite de lo posible, ...

HENRIETTE

... que juntos emprenderán este viaje...

HEINRICH

... y hablarán del dolor de Cristo y del poeta.

HENRIETTE

Se dice aquí...

HEINRICH

... que usted tiene un secreto inconfesable...

HENRIETTE

... y que sólo usted podrá develarlo, luego de prometer...

HEINRICH

... silencio.

Pausa larga.

HEINRICH

Se dice aquí, Henriette, Vogel, pájaro, furia...

HENRIETTE

... que corre el año 1809 y que esta fecha es la de nuestro encuentro.

Qué bello sería...

HEINRICH

Silencio, Henriette.

Pausa.

Suena un salmo.

Ambos cantan mientras ascienden la rampa.

Hasta la máxima altura.

HEINRICH

Ahora. Grita. Repite mi verso.

HEINRICH

¡Qué bello sería...

HENRIETTE

¡Qué bello sería...

HEINRICH

... meterse una bala...

HENRIETTE

... meterse una bala...

HEINRICH

... en el corazón!

HENRIETTE

...en el corazón!

Oscuridad.

4

El salmo crece en intensidad.

Una violenta luz baña a Henriette. Parada en la parte más elevada de la rampa.

Extiende sus brazos silenciando el espacio.

Su cara está arrecciada en lágrimas.

Su cuerpo: presa de una violenta tristeza.

HENRIETTE

Se dice aquí que estamos en Alemania, pero no lo sabemos con certeza. Se dice aquí que corre el año 1809, pero no lo sabemos con certeza. Se dice aquí que hoy es 21 de noviembre de 1811, 3 de diciembre de 1812, que estamos en la hostería Stimming, a pocos kilómetros de Berlín; se dice aquí que hoy es 6 de marzo de 1810, que el señor von Kleist visita mi casa todos los días, día por medio, semanalmente; se dice aquí que hoy es 5 de junio de 1812 y que estamos muertos; pero nada de todo esto lo sabemos con certeza. Ni yo ni el señor von Kleist. Ninguno de los dos cree en este infierno de la cronología.

Infierno en el que nos quemamos sin arder. Sólo conozco su nombre, sus versos y nuestro plan.

Heinrich escribe nuestra muerte. Escribió. Kleist escribirá nuestra muerte.

Pausa.

Lo vi revolcándose en el piso de su cuarto, golpeándose la cabeza contra la pared. Gritaba los nombres de las mujeres que lo habían traicionado. Yo soy la excepción.

Soy la que acepta su pedido.

“¡Qué bello sería meterse una bala en el corazón!”

Pausa larga.

Y aquí estoy: abandonada a mi sangre, al dolor de mi sexo.

Aquí estaré yo. Aquí estaba.

Pausa.

Se dice aquí que corría el año 1809, que él venía a mi casa, que mi marido lo trajo, que yo cantaba salmos con él, que canto salmos con él. Se dice aquí que yo sufro un mal incurable. Pero no lo sabemos con certeza. Iluminó mi casa. Y me llenó de flores. Rojas, dice Kleist. Heinrich decía que las flores abruman el peso de mi cuerpo. Dice Kleist que yo devoraré la carne del hombre y me entregaré al peso de las flores. Rojas. Mi cuerpo descansará junto a las flores y ellas serán el altar del sacrificio. Nadie notará la sangre: se ocultará entre los pétalos. Sólo un tenue hilo desbordará la herida, dice Kleist, y trazará un camino en mi piel. Y él esconderá mi sangre a los ojos de Dios. Moriré. Dirá Kleist que yo moriré abrazada al lecho, mis ojos posados en el cielo y el sabor de la carne del hombre resonando en mi paladar caliente. Y abriré la boca, dice Kleist, y desbordaré la sangre. Dormiré, Heinrich, tan profundamente sobre las flores rojas y la sangre, Kleist.

Pausa.

Europa volverá los ojos hacia nosotros.

Nos adueñaremos del mundo.

Nos sepultarán juntos, bajo la misma piedra nos sepultaron, Kleist.

Cerca de la hostería Stimming, camino a Potsdam, junto al lago: pasamos nuestras horas finales, nuestras primeras horas, allí bebimos café. Comeremos tortilla. Allí escribimos las cartas. Dejas el sobre cerrado con la llave que abre el cofre que guarda las demás cartas. Aquí visitamos la isla de los pavos reales. Allí llevaremos la canasta. Y en la canasta llevamos los papeles, la bebida, las armas, la comida.

Pausa.

Mi cuerpo sangra.

La herida no cierra.

El tiempo la vuelve más ancha y más profunda.

Pausa.

Tu nombre lleva la misma inicial que el mío: letra muda. Como mudos eran nuestros encuentros en la casa Vogel: las miradas, las manos bajo la cena, los susurros bajo las escaleras y aquel verso.

“Qué bello sería meterse una bala en el corazón.”

Yo necesitaba alguien que me ayudara a morir. Y lo supe aquella primera noche: habías llegado.

Tu nombre se abre hoy. Y es un grito.

Nuestra unión, Heinrich, en la muerte.

Un Hombre se para al pie de la rampa.

Viste traje oscuro.

HOMBRE

Los dos cuerpos se encontraron en un hundimiento del terreno, cerca del lago y a algunos pasos de la carretera. Sus piernas casi se tocaban, pero los cuerpos estaban echados hacia atrás. El hombre llevaba puesto un abrigo de tela color marrón, un chaleco blanco de batista y muselina, pantalones de tela

y unas botas de campaña. Su rostro sólo presentaba algunas manchas de sangre.

La mujer llevaba puesto un vestido blanco de batista, un abrigo de tela azul muy fino. También tenía en las manos unos guantes blancos de piel. Debajo de su seno izquierdo se halló un manchón del tamaño de una moneda y huellas de quemadura.

Ninguno de los dos cuerpos presentaba señales de violencia. Fueron trasladados, con las consideraciones del caso, a la hostería Stimming para proceder a la autopsia legal.

El hombre parecía de aproximadamente treinta años de edad.

Hubo que pasar por las peores dificultades antes de poder abrir sus mandíbulas. Se comprobó que tanto la lengua como los dientes -en excelente estado- no habían sido afectados.

Resultó evidente que el difunto se había dado muerte disparándose una bala en la boca. La carga de pólvora de la pistola debió ser escasa porque la bala - de poco peso- quedó alojada en el cerebro. Es probable que la muerte se debiera en buena parte a una asfixia provocada por la pólvora, como permitió comprobarlo el estado del pulmón derecho examinado, así como el ventrículo y la aurícula derechos del corazón. También se encontró un hígado fuerte y dilatado, una vesícula biliar hipertrofiada y una gran cantidad de bilis oscura. Asimismo, la sustancia gris del cerebro presentaba una consistencia más firme de lo normal.

Durante la exposición del estado de los órganos, Heinrich aparece desnudo en la parte alta de la rampa produciéndose cortes con un estilete en diversas partes del cuerpo.

HENRIETTE

¿Pediste el café?

HEINRICH

Y el ron.

HENRIETTE

¿Están todas las cartas escritas?

HEINRICH

Y guardadas en el cofre. Y la llave del cofre en el sobre cerrado con las instrucciones.

HENRIETTE

¿Avisaste al hostelero de la llegada de nuestros invitados?

HEINRICH / HENRIETTE

Se dice aquí que esta es la hostería Stimming.

Se dice aquí que hoy es 21 de noviembre de 1811.

Pero no lo sabemos con certeza.

HOMBRE

Conforme a los principios de fisiología, cabe deducir que el difunto poseía un temperamento del tipo *sanguino cholericus in summo gradu*, y debió sufrir algunos ataques de hipocondría grave, según ha sido confirmado por algunos de sus amigos y por su propio médico. Si a estas excentricidades de su temperamento es añadida una acentuada propensión a las efusiones religiosas, se concluye razonablemente que el difunto no se encontraba en un estado mental normal.

HEINRICH

Silencio.

Están hablando de Kleist.

5

El Hombre desaparece.

Henriette está sumida en la oscuridad de la habitación.

HEINRICH

Sobre esta hoja en blanco: los ojos del dolor, el cuerpo entregado de la Amada, la sonrisa de mi madre despidiéndose de la vida, bañada en sudor; la espada de mi padre quebrando el aire de una batalla y mi padre tras su espada, abandonando el mundo entre juramentos y balas de cañón.

Escribo sobre esta hoja: el vino de las noches, las cabezas inclinadas, los puñados de tierra chocando contra los ataúdes, el gusto del ron, las palabras, la disolución de este cuerpo en una copa de vino.

Escribo nuestro dolor, Henriette y nuestro Gólgota.

Todo sobre el papel. Literatura.

Quiero estallar en pedazos. Bañar las calles con mi sangre.

Pausa.

Sé que es imposible. Sé que no podré. Siempre fracaso.

Fracaso.

Hay dentro de mí un mastín hambriento. Aquí. ¿Lo sientes? Tu mano sangra. Tocaste las fauces de la bestia. Soy un hombre encerrado en una habitación sin puertas ni ventanas.

Pausa larga.

Quiero atravesar estas paredes.

Aquí mi figura condenada a la escritura.

Allí la calle:

los paladares repletos de vino,

las cabezas aturdidas de humo,

el sexo erguido sobre pechos jóvenes,

los pies golpean las carnes de un caballo y la boca abierta, borracha de aire.

Vogel, pájaro, furia. ¿Puedes devolverme algún sonido?

HENRIETTE

Sufres demasiado. Piensas demasiado.

Hay que olvidar.

Y sumergirse en las calles.

HEINRICH

No, debo escribir.

HENRIETTE

Hay que atravesar la pared.

HEINRICH

Para atravesar la marea de los hombres. Inundarse de vino. Ahogarse en humo. Clavar puñales en las vísceras. Besar los pies de las estatuas. Quemar las banderas. Vomitar sobre los libros. Adorar la Cruz en un prostíbulo. Hundirse en todos los sexos. Matar a todos los padres. Asesinar. Sin arrepentimiento. A conciencia. Quitarle al poeta la corona. Ponerlo en el campo de batalla. Con un arma entre las manos. Entre los frentes de la batalla. Acariciar los lomos de todos los esclavos. Celebrar el matrimonio del cuerpo y el alma. Confundirse con las aguas. Estallar en pedazos. Disolverse. Dar de comer a todas las bestias en la boca. Ser todas las bestias.

Pausa.

Mi tiempo es corto.

Y asoma otro fracaso.

Lenta oscuridad.

Luz sobre los cuerpos desnudos de Heinrich y Henriette.

Descansan sobre una cama de sábanas blancas.

HEINRICH

Noche cerrada.

En secreto, sin que me vea nadie.

Sólo la luz de este corazón que arde.

HENRIETTE

Me quedo y olvido.

Reclino este rostro sobre el Amado.

Todo se detiene.

HEINRICH

Vivo así.

Esperando la muerte.

Tu rostro, Amada, sobre mi pecho.

HENRIETTE

No lloraremos la muerte.

No lamentaremos la vida detenida.

HEINRICH

Será ahora el momento.

Nuestros cuerpos unidos.

Enlazados en espera.

HENRIETTE

No me ates.

Ahora llega la hora.

Viene con las manos llenas.

Una madre parturienta:

nuestra muerte.

HEINRICH

Stimming, cerca de Potsdam.

Aquí me mostrarás, Amada, todo lo que mi alma pida.

Luego nos daremos la vida.

HENRIETTE

Gocemos, Amado.

Veamos en el espejo nuestra belleza.

El lago de agua pura.

El bosque negro.

HEINRICH

Llevo tus ojos.

Las palabras son tuyas.

Nuestros los actos.

HENRIETTE

Hoy.

Viernes 21 de noviembre de 1811.

HEINRICH

Entre las tres y las cuatro de la tarde.

HENRIETTE

Arderemos en tierra.

HEINRICH

Caeremos sobre todo el continente.

Despedazados.

Así.

HENRIETTE

Unidos, plenos de goce.

HEINRICH

Nuestros cuerpos torturados por la pasión.

HENRIETTE

Iluminarán el cuarto los ojos de Cristo.

HEINRICH

Veremos las heridas sangrantes.

Las palmas de las manos, los pies.

HENRIETTE

Los hilos de sangre en la cabeza coronada.

HEINRICH

Descansaremos luego bajo la misma piedra.

HENRIETTE

Las flores hundidas en la tierra beberán nuestra sangre.

Descansa.

Dentro de mí.

HEINRICH

Descansa.

HENRIETTE

¿Pediste el café?

HEINRICH

Y el ron.

HENRIETTE

¿Están todas las cartas escritas?

HEINRICH

Y guardadas en el cofre. Y la llave del cofre en el sobre cerrado con las instrucciones.

HENRIETTE

¿Avisaste al hostelero de la llegada de nuestros invitados?

HEINRICH

Y ordené una cena para su bienvenida.

El salmo opaca las voces de Heinrich y Henriette.

Concluye el salmo.

Silencio.

Los cuerpos sudados, finales.

Pausa.

Heinrich sobre los ojos de Henriette.

Sonríe.

Henriette cierra sus ojos.

Y se abandona a la caricia de Heinrich.

Lenta oscuridad.

7

Heinrich desciende la rampa.

Recoge algunos sobres.

HEINRICH

Mi querida Marie: En medio del canto triunfal que entona mi alma al aproximarse al último instante, pienso en ti como nunca, sintiendo la necesidad de sincerarme lo más posible.

Marie. El único ser cuyos sentimientos y juicios me interesan, pues expulsé de mi corazón todo lo demás, todo lo que existe sobre la faz de la Tierra.

Es verdad. Te engañé. O más exactamente: me engañé a mí mismo. Es verdad también que mil veces te juré que si alguna vez lo hacía, lo pagaría con mi vida.

Y eso es lo que voy a hacer. Pronto voy a morir.

Esta es una carta de despedida.

Cuando estabas en Berlín te abandoné por otra mujer.

Aunque, si esto te sirve de consuelo, tienes que saber que esta amiga nueva no está dispuesta a vivir sino a morir conmigo.

HENRIETTE

Mi adorado Louis: Ya no puedo seguir viviendo.

Un puño de acero me oprime el corazón. Puedes llamarlo enfermedad, flaqueza o como quieras.

Yo misma no sé qué nombre darle a mi mal.

Todo lo que puedo decir es que veo mi muerte como la mejor de las dichas.

Y no puedo llevarte conmigo. A ninguno de ustedes, a quienes tanto amo. Pero si ustedes pueden reunirse conmigo en la gran unión eterna, entonces sí nada me quedaría por desear.

Kleist, que quiere ser mi fiel compañero de viaje en la muerte, se encargará de matarme.

Después de hacerlo, él a su vez se dará muerte.

No llores. No estés triste, mi generoso Vogel, ya que voy a morir de una muerte con la que han sido privilegiados muy pocos seres humanos.

Enajenada, voy a cambiar la felicidad terrenal por la dicha eterna.

HEINRICH

No puedo decirte más acerca de esa joven.

Mis relaciones con ella me lo impiden.

Entérate, nada más, que al solo roce de su alma, la mía maduró de repente, y desde entonces está preparada para morir, pues su corazón me permitió apreciar la magnitud extrema de la nobleza humana.

Muero porque nada en la Tierra me queda ya por aprender o por alcanzar.

HENRIETTE

Louis, querido Louis, piensa en la generosidad de mi amigo Kleist que lo sacrificó todo por mí.

Hasta su propia vida. Y hace un supremo sacrificio: acepta matarme con sus manos.

HEINRICH

Adiós.

Eres el único ser en la Tierra que me gustaría reencontrar en el más allá.

Adiós.

Considera también que encontré una amiga cuya alma se cierne en las alturas como un águila joven.

Ella comprendió que mi tristeza es un mal superior.

Algo profundamente arraigado. Incurable.

HENRIETTE

Cuida que nuestros cuerpos no sean separados luego de morir.

HEINRICH

Mi única ocupación es dar ahora con una tumba muy profunda para ser enterrado con ella.

HENRIETTE

No permitirás que nos separen, ¿verdad Louis?

HEINRICH

Adiós.

Por última vez.

HENRIETTE

Pagarás también los gastos de su entierro.

HEINRICH

Mi amiga y yo ya no queremos las alegrías de este mundo.

Estallaremos.

Sobre Europa.

Se encuentran.

Ascienden juntos la rampa.

En la altura máxima sacan, de entre sus ropas un arma.

Heinrich apoya la suya en el pecho izquierdo de Henriette.

Ella introduce el caño de su arma en la boca de Heinrich.

8

Heinrich limpia la habitación.

Obsesivamente.

HEINRICH

El escritorio en orden.

Los papeles.

Los sobres cerrados.

La llave del cofre en un sobre cerrado con las instrucciones.

Las armas.

La canasta.

“¡Qué bello sería meterse una bala en el corazón!”

Sé que estamos en Alemania.

En Stimming, cerca de Potsdam.

Una humilde hostería.

Es noviembre. 21. Año 1811.

Sé qué hemos venido a hacer aquí.

Pero no recuerdo mi nombre.

Tal vez tu herida, tu vientre me lo recuerde.

Dices, Henriette, que la letra que abre tu nombre alumbra también el mío.

Una letra muda.

Un silencio abre nuestros nombres

una espera

un abismo en el lenguaje.

Un precipicio que las letras siguientes salvan

tienden un puente entre el silencio y la palabra.

Frente al abismo: solo. Ciego. Confiando en el puente leve que tu nombre
tiende hacia mí.

Pausa larga.

Alumbro una historia.

Un hombre, en prisión, desolado, cuenta con los dedos de una mano las horas
que lo separan de la horca. Está entregado. Resignado. Espera. Se tiende en el
duro camastro y aguarda.

Entonces, allí, en el techo de la celda se dibujan los rostros de sus seres
amados. Su imaginación los describe minuciosamente, pero no puede
abstraerse a la muerte.

Su mente forja el mentón de su hija: redondeado, suave, cálido al roce de su mano; y ya otra vez, como un fogonazo, vuelve la imagen de la soga, del nudo en la soga, del cuello envuelto en el nudo y en la soga, el dolor o la imaginación del dolor cuando la trampa se abra bajo sus pies.

Se entretiene ahora en la boca de su amigo más querido. Y allí, en los blancos dientes, se ahoga un pozo que asume la forma de un hombre que pende del cuello, oscilando. Colgado de un árbol. La tierra allí, lejos de sus pies.

Al fin: las manos frágiles de la Amada, los dedos largos, finos, y las garras del verdugo, el golpe seco, el chicotazo, la sangre paralizada, detenida.

Piensa en los hombres ahorcados.

En aquello del último orgasmo.

Su miembro erecto entre las sombras de la tarde.

Los pechos de su mujer entre sus manos. Espesándose en su boca. La leche tibia inundando el paladar.

El dolor la sangre aglomerada el cuello quebrado la oscilación.

Un reloj humano. Allí. Entre las hojas del árbol.

Vuelve a contar los minutos.

¿Por qué esperar morir bajo el peso de manos ajenas?

¿Por qué ofrecer su cuerpo a la obscena exhibición de su muerte, si él mismo puede realizar ese acto en la privacidad de su celda?

Despedirse de los rostros queridos.

Darse muerte.

Une las sábanas y los cordones, las pelusas y los insectos, las partículas de polvo y el aire enrarecido de la tarde: construye su propio cadalso.

Darse muerte ante los ojos asombrados de las caras amadas.

Introduce su cabeza en la soga.

En el nudo de la soga.

Sube al camastro.

Abre la trampa imaginaria.

Y allí queda.

Suspendido. Presa de un último orgasmo.

Más allá de la celda, del otro lado de las rejas, la ciudad se oscurece violentamente.

La tierra cruje. Se abre.

Un bello terremoto se traga la ciudad entera. En un bostezo.

Sólo queda la prisión.

Las paredes derrumbadas.

Los presos escapan, huyen hacia otras ciudades, corren sobre las heridas de la tierra que ahora cicatrizan suavemente.

Allí donde se encontraba la ciudad sólo quedan un desierto y una prisión en ruinas.

La luz de la noche enmarca la figura del único hombre habitante de la cárcel.

Su cuerpo parece flotar y su miembro erecto desafía la noche.

Telón.

9

Al pie de la rampa aparece nuevamente el Hombre.

HOMBRE

La difunta tenía treinta y cuatro años de edad. Su rostro estaba levemente picado de viruelas.

Tenía ojos azules, cabellos castaños y una piel de blancura radiante, así como un pecho robusto. Aparte de las prendas mencionadas, llevaba puestas unas medias finas de algodón, una blusa de seda, ligas azules también de seda y zapatillas de piel con cintas negras.

Pausa.

La autopsia ha comprobado que la difunta padecía un carcinoma en la matriz.

Mal incurable que la destinaba a una muerte lenta y cruel.

Pausa larga.

Hay público que todavía sigue interesándose en la trágica aventura del señor von Kleist y la señora Vogel.

Los primeros rumores sobre la causa de esos desdichados sucesos han sido desmentidos por la familia.

Se niega categóricamente que el amor haya intervenido en absoluto.

La señora, a causa de su enfermedad incurable, había decidido poner término a sus días.

El señor von Kleist, por otra parte, había resuelto suicidarse desde hace mucho tiempo.

Los dos desventurados, luego de haberse confiado mutuamente su horrible decisión, decidieron llevarla a cabo juntos. Una noche y un día prepararon su muerte.

Oraron. Cantaron. Bebieron varias botellas de vino y ron. Tomaron dieciséis tazas de café.

Mandaron cartas a sus familiares.

Se encaminaron a la orilla del lago y se sentaron uno enfrente del otro.

El señor Kleist tomó la pistola cargada y disparó directamente contra el corazón de la señora Vogel, que se desplomó muerta.

Cargó nuevamente el arma y se saltó la tapa de los sesos.

Violenta oscuridad.

10

Todo está impecable.

En perfecto orden.

Flores rojas.

HEINRICH

Quiero recuperar mi nombre.

HENRIETTE

Primero una bala en mi corazón, otra dentro de tu boca.

Así lo recuperarás.

HEINRICH

Una misma letra abre nuestros nombres.

HENRIETTE

La letra del silencio.

HEINRICH

Podemos abandonar el dolor. Dejarnos llevar por las palabras. Entregarnos a la muerte.

HENRIETTE

Nuestra obra está terminada.

HEINRICH

Los papeles en la canasta.

Las armas.

El café.

El ron.

HENRIETTE

Todo esto lo sabemos con certeza.

HEINRICH

El nombre de la hostería, la fecha, la hora exacta, la ciudad, el país.

HENRIETTE

El lugar.

El decorado.

HEINRICH

La despedida a Marie.

HENRIETTE

El adiós a Louis.

Pausa larga.

Se miran fijamente.

Repiten la escena largamente ensayada.

Esta vez con violento compromiso.

HENRIETTE

¿Pediste el café?

HEINRICH

Y el ron.

HENRIETTE

¿Están todas las cartas escritas?

HEINRICH

Y guardadas en el cofre. Y la llave del cofre en el sobre cerrado con las instrucciones.

HENRIETTE

¿Avisaste al hostelero de la llegada de nuestros invitados?

HEINRICH

Y ordené una cena para su bienvenida.

HENRIETTE

Pueden conformarse con una tortilla, igual que nosotros.

HEINRICH

Quizás no estemos aquí cuando ellos lleguen.

HENRIETTE

¿Iremos entonces a la isla de los pavos reales?

HEINRICH

Y allí nos serviremos la comida.

HENRIETTE

¿Está todo en la canasta, Heinrich?

HEINRICH

Está todo en la canasta, Henriette.

HENRIETTE

Podemos salir a caminar y luego ir a la isla.

HEINRICH

Cantar el último salmo.

HENRIETTE

Sí, el último salmo.

HEINRICH

Podemos caminar sobre las tablas de la pista de tejos que hay camino al lago.

Tratando de no caerse.

Sin perder el equilibrio.

HENRIETTE

Y llegar a la isla.

HEINRICH

Comer.

HENRIETTE

Beber el café.

HEINRICH

Acabar con el ron.

HENRIETTE

Sobre las sábanas blancas.

Sobre el mantel.

Bajo las miradas de los pavos reales.

HEINRICH

De plumas tornasoladas, abiertas.

HENRIETTE

Bajo el sol que declina.

Junto al lago.

HEINRICH

Violentemente. Sobre flores rojas.

HENRIETTE

Descansar. Luego descansar.

HEINRICH

Así, así.

HENRIETTE

Aquí. Duele aquí.

HEINRICH

Descansa.

Saca el arma.

HENRIETTE

Dentro de mí.

Saca el arma.

HEINRICH

Así, sobre tu pecho.

Apoya el arma en el seno izquierdo de Henriette.

HENRIETTE

Duele.

HEINRICH

Pasará.

La herida cerrará.

Ya no habrá dolor.

Dispara.

HENRIETTE

Ahora.

Sobre las flores.

Rojas.

Tiñe la sangre las sábanas.

La sangre sobre Europa.

Sangro, por vez primera.

HEINRICH

La sangre del Señor y de la Amada.

Deja caer su arma. Toma la de Henriette y se la coloca en la boca.

Dispara.

HENRIETTE

Descansa en mí y cierra los ojos.

Así, sonríe, sonríe ahora, Heinrich, vierte la sangre sobre las aguas, Kleist.

HEINRICH

Mi nombre.

La memoria de mi nombre.

Pero estoy ciego frente al abismo.

Heinrich von Kleist ensordece a los hombres y a la Tierra.

Mis gritos abren un pozo en la superficie del planeta y por él se precipita la creación entera.

Nada ya sobre la Tierra.

Sólo nuestros nombres y la violenta despedida de estos cuerpos.

Pausa.

Nos esperan otros salmos, Vogel, pájaro, furia, Henriette.

Y el dolor. Feroz.

Nuestros cuerpos lozanos, blancos, olvidados en el pozo que se abre aquí, junto al lago.

Desapareceremos, y todo, entonces, desaparecerá.

Pausa.

Las heridas de Cristo cicatrizan sobre el cuerpo del poeta.

No se abrirán más.

Pausa.

Tengo mi nombre. Y ya no sirve de nada.

Olvidaremos el cuerpo. ¿Para qué nombrarnos entonces?

Unidos por el silencio, Vogel, será el silencio quien nos despida del mundo.

Pausa.

Ahí vienen nuestros invitados. Se sorprenden. Abren los sobres. Se crispan. No entienden. No pueden entender. Lloran. Estúpidos. Yo quisiera hundir cuchillos entre sus carnes.

Ahora nadie puede oírnos.

Pero Europa, estoy seguro, habrá sentido estos dos tiros descerrajados sobre su cuerpo.

No olvidarán mi nombre.

No podrán olvidar mi obra.

Esta tragedia será siempre recordada. Ensayada. Representada.

Y fracasará.

Pausa.

Dios cierra los ojos ante el dolor de los cuerpos. Se escapa.

Mi obligación fue despertarlo y allí está ahora: insomne.

Pausa.

Vogel, pájaro, Henriette, que tu luz se apague.

Y mi luz irá tras tu oscuridad.

Descansa.

Aquí.

Sobre los pétalos que cubren tu herida.

Pausa.

Fui leal soldado del rey.

La escritura abrió heridas en mi cuerpo.

La pluma se metamorfosea en espada.

Ya no sé cómo apagarme.

Tal vez un filo me silencie.

Tal vez encuentre un verso para escandir mi muerte.

Kleist oscureció su boca con un arma.

Heinrich hizo estallar el lenguaje. Forzó el gatillo y desparramó la sangre.

Y aquí están: tan íntimamente unidas, tan fuertemente enlazadas, que se torna imposible saber cuál es la sangre y cuál la palabra del bueno de Kleist.

Yacen sobre la pulcra habitación.

Las paredes manchadas, escritas.

Pausa.

Mi boca. Está seca.

HENRIETTE

Mi pecho. Mi sangre. Puedes beber.

Heinrich bebe la sangre que mana del pecho de Henriette.

Los cuerpos sangran. Violentamente.

Las ropas

los muebles

el espacio entero

se inunda de sangre.

Una cascada baña la rampa.

La sangre mana de los cuerpos heridos.

Sin pausa.

HENRIETTE

Cierra los ojos, Kleist.

Heinrich obedece.

Sí. Estás sonriendo.

Tan bello.

Sonríe, Kleist.

Cierro mis ojos ante tu risa.

Lo hace.

La rampa se desmorona provocando un violento estruendo.

Los cuerpos de Heinrich y Henriette no dejan de sangrar.

Comienzan a bailar una bizarra danza al son de un salmo que se deja escuchar levemente.

Durante la danza comienzan a desnudarse. Torpemente.

La danza se quiebra.

Bajo las ropas: los cuerpos blancos, lozanos.

Desnudos y sin dejar de bailar se dirigen a la cama de sábanas blancas.

Se recuestan.

Entrelazan aún más sus cuerpos.

Cada vez más cansados.

El salmo crece en intensidad.

Mezclándose con la música suenan las voces de Heinrich y Henriette.

Gemidos.

Gritos.

HEINRICH

Su cuerpo parece flotar y su miembro erecto desafía la noche.

HENRIETTE

Telón.

Silencio.

Los cuerpos siguen revolcándose.

Con violenta intensidad.

11

El Hombre rodea el lecho en donde descansan los cuerpos.

Los tapa. Asqueado.

El Hombre recoge los papeles diseminados en todo el espacio.

Prende una hoguera con ellos.

HOMBRE

Mientras quema los papeles.

Un empleado de la hostería se encargó de cavar la fosa donde fueron arrojados los cuerpos. Los blanquearon con cal. Según los informes climatológicos, aquella tarde el sol parecía querer abrir surcos en la superficie de la tierra. Tres personas formaban el cortejo. No hubo, como podrá imaginarse, oficio religioso. La lápida fue colocada, sobre aquella porción del terreno, algunos días más tarde. En ella se mandó grabar un verso del señor von Kleist, así como su nombre y las fechas correspondientes a su nacimiento y muerte. Ninguna inscripción en la piedra alude a Henriette Vogel.

Las actas del sumario fueron redactadas en el interior de la hostería mientras se procedía al entierro de los cuerpos. Los papeles hallados en la habitación fueron quemados para protección de los deudos, excepción hecha de un sobre, que el señor von Kleist dejó con el expreso pedido de ser abierto al cumplirse cien años de su desaparición. Al cumplirse el plazo, se descubrió que aquel sobre contenía algunas hojas de caligrafía apretada que parecían formar parte de una obra inacabada. El fragmento que el señor von Kleist guardó celosamente presentaba una charla banal entre un hombre y una mujer intentando planear una fútil excursión a “una isla de pavos reales”.

También aquel fragmento estaba condenado al fracaso.

Como debe ser.

El Hombre contempla, silencioso, la hoguera de papeles de Kleist.

La luz va decreciendo hasta desaparecer y convertir al fuego en única fuente lumínica.

El Hombre desaparece entre las sombras.

Se escuchan sus pasos al alejarse.

Fuego.

BUENOS AIRES,

ENERO-MAYO DE 1993.

Reescritura: ENERO-FEBRERO DE 1998.

NOTA

Los versos citados al comienzo de la pieza pertenecen a *EL PRÍNCIPE DE HOMBURGO* de Heinrich von Kleist.

Se han incluido fragmentos de la *CORRESPONDENCIA* de Heinrich von Kleist y Henriette Vogel.

Vaya mi agradecimiento a los textos que Michel Tournier dedicó a Heinrich von Kleist en su libro *EL VUELO DEL VAMPIRO*, primer impulso para la escritura de esta pieza.

Alejandro Tantanian. Correo electrónico: art@cvtci.com.ar

Todos los derechos reservados
Buenos Aires, Argentina. Septiembre de 2000

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar